

EUGEN DREWERMANN

SENDAS DE SALVACIÓN

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2010

# ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN: UNA PRIMERA SENDA DE SALVACIÓN	
No juzgar sino comprender a las personas . . . . .	9
SEGUNDA SENDA	
Sobre el milagro de la humanidad . . . . .	13
TERCERA SENDA	
La perspectiva de los “pequeños” . . . . .	29
CUARTA SENDA	
De qué viven los hombres . . . . .	53
QUINTA SENDA	
Sobre el sentido del perdón . . . . .	63
SEXTA SENDA	
El hombre necesita algo más que moral . . . . .	75
SÉPTIMA SENDA	
Sobre la funesta trabazón de Dios y el dinero . . . . .	107

## INTRODUCCIÓN

### UNA PRIMERA SENDA DE SALVACIÓN: NO JUZGAR SINO COMPRENDER A LAS PERSONAS

---

En el Museo de Arte Antigo de Bruselas se encuentra la pintura *Cristo y la mujer adúltera*, de Peter Paul Rubens. La escena se inspira del capítulo 8 del evangelio de Juan. El breve relato refiere que escribas y fariseos acuden al templo de madrugada para hablar con Jesús; llevan consigo a una mujer a la que han sorprendido en adulterio. La ley de Moisés ordenaba que estas mujeres “fueran muertas” (Levítico 20, 10). En cambio Jesús les dice: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. ¡Y todos se alejan! Jesús habla entonces con la mujer y le otorga la libertad de no volver a “pecar”.

El cuadro de Rubens plasma en una única escena cuanto de curativo y salvífico contiene el mensaje de Jesús. Vemos a una mujer con el rostro ruborizado por la vergüenza bajo un negro velo que le cubre el pelo; sus ropas aún dejan a la vista los hombros y el pecho. La joven se cubre la cara con la mano, no se atreve a alzar la vista. A la derecha del todo, un escriba acicalado con borlas y brillos dorados y el sexto mandamiento (“No cometerás adulterio”) pegado a la frente como si fuera un letrado, se inclina y tiende acusadoramente ambas manos hacia ella: está preparado para apresarla; su mirada profundamente faná-

tica expresa una seguridad incommovible, y se clava en su interlocutor y oponente: Jesús de Nazaret. El semblante orondo y el redondo cráneo tocado con una capucha roja que espera a su lado representa la sólida y “farisaica” seguridad en uno mismo; este hombre apoya con resolución una mano sobre la otra: para él todo está claro como el agua, no hay vuelta de hoja. A la derecha de la mujer, otro hombre mira fijamente a Jesús; a diferencia de los otros, posa protectoramente la mano en el brazo de la acusada, su semblante revela sorpresa; la expresión de sus ojos es interrogante bajo su frente desnuda. La misión del resto de personas situadas entre y detrás de las mencionadas es dotar a la escena de una audiencia de curiosos. Pero lo que estas personas van a ver y escuchar es la transformación de todo un mundo: Jesús está frente a ellos, completamente ensimismado, en realidad no mira a nadie en particular; aún así, abre los brazos en dirección a la mujer y al hombre que porta la ley. Su brazo derecho, anormalmente largo, y sus esbeltos dedos entreabiertos, encarnan todo lo que tiene que decir. Esas manos, bien claro se ve, *no juzgan*, sino que *comprenden*.

¿Pero cómo comprender el mensaje de Jesús en *este* mundo, en un mundo que es, que sigue siendo, como es? Esta pregunta conserva su carácter acuciante desde los días de Caín y Abel en el problema de la *guerra*. La guerra es el resumen, el efecto y la causa de todos los males que los hombres son capaces de infligir a otros hombres. Tanto tiempo como exista la *guerra*, el mundo carecerá de orden, estará necesitado de *salvación*. ¿Pero cómo? Las ideas que presentamos en este libro intentan dejar claro lo siguiente: *no es posible* asistir a los hombres recu-

riendo a la *moral*. Ninguno de los problemas reales que afectan a la vida humana se resuelve con un “debes” o “no debes”. *Todo* hombre debería percibir esta verdad al igual que percibe la mano tendida de Cristo en el cuadro de Rubens. “Solo por la gracia, no por las obras de la ley”. Esta sentencia crucial de Martín Lutero en Carta a los Romanos (3, 28) encierra el contenido esencial de la *doctrina eclesiástica de la gracia y la justificación*. Pero lo que los hombres necesitan lejos está de llamarse en su lenguaje “gracia”, sino *bondad y acompañamiento*, es una mano abierta y no un dedo que se alza o señala, más una *aceptación desprejuiciada y atención sincera* que dogmatismo y conformismo. Se trata de encontrar en los hombres *el* punto desde el que se hace posible desarticular el mundo presente en nombre del hombre de Nazaret y, con la vista fija en él, transformarlo en un mundo nuevo, *mejor*.

Creer en Jesús significa contar con una fuerza que nos sostiene mientras creemos naufragar; con una voz que nos pregunta quiénes somos cuando hemos dejado de entendernos a nosotros mismos; con un poder que nos protege y nos permite dejar de responder a la violencia con violencia y al miedo con antiterror, para sembrar aún más miedo; con unos ojos que nos miran bondadosa y comprensivamente, con tristeza, pero también con alegría, la alegría de saber que bajo su mirada, y al margen de lo que haya pasado, nos atreveremos a mirarnos de nuevo a los ojos. Creer en Jesús es contar con que somos depositarios de una confianza que nos proporciona la fuerza que necesitamos para volver a creer en nosotros mismos, para “irnos, y no volver a pecar”.

## SEGUNDA SENDA

### SOBRE EL MILAGRO DE LA HUMANIDAD

---

En el año 1895, cuando el poeta libanés Khalil Gibran contaba 12 años de edad, compuso un poema en verso que lleva por título *Jesús llama a la puerta del cielo*. Con la ardiente exaltación y sensibilidad de un muchacho hondamente religioso, Gibran se imagina cómo Jesús se presenta ante Dios al término de su vida para confiarle a todos los hombres que, en un mundo despiadado, no han podido vivir sin él, y a los que precisamente por ello lleva consigo, de camino hacia otro mundo, más “paternal”, es decir, en el fondo, “más maternal”. El poema del joven Gibran reza:

¡Padre, padre mío, abre la puerta!  
Han venido conmigo hombres magníficos.  
Abre la puerta para que podamos entrar.  
Todos y cada uno de nosotros somos los hijos de tu  
corazón.  
Abre, padre mío, la puerta.

Padre, padre mío, llamo a tu puerta.  
Traigo a un ladrón hoy mismo crucificado junto a  
mí.  
Pues él también tiene un alma afable,  
y desea que lo acojas.  
Robó pan para saciar el hambre de sus hijos.

Pero sé que te va a gustar el brillo de sus ojos.  
Padre, padre mío, abre tu puerta.  
Te traigo a una mujer que se entregó al amor,  
alzaron piedras contra ella, pero  
yo conozco tu bondadoso corazón y los detuve.  
Aún no se han marchitado las violetas en sus ojos,  
y tu abril sigue viviendo en sus labios.  
Sus manos sostienen la cosecha de tus días,  
y ahora desea entrar en tu casa.

Padre, padre mío, abre la puerta.  
Te traigo a un asesino,  
a un hombre con el rostro ensombrecido.  
Él cazó para sus hijos,  
pero lo hizo sin seso.  
En sus brazos brillaba el calor del sol,  
el jugo de tu tierra corría por sus venas;  
exigió carne para su gente,  
porque la carne le estaba prohibida,  
su arco y su flecha fueron demasiado rápidos,  
y cometió un asesinato.  
Por eso está aquí.

Padre, padre mío, abre la puerta.  
Te traigo a un bebedor,  
a un hombre sediento de un mundo distinto de  
este.  
Deseaba sentarse a tu mesa, con una copa,  
soledad a su diestra  
y desesperación a su siniestra.  
Miró fijamente en el interior de la copa  
y vio tus estrellas reflejadas en el vino.  
Entonces apuró la copa, porque quería alcanzar  
tu cielo.  
Porque quería alcanzar su ser más íntimo.

Pero se perdió por el camino, y comenzó a dar  
traspies.

Lo encontré a la puerta de la taberna, padre, lo  
recogí del suelo,  
y él se vino conmigo, sonriendo la mitad del cami-  
no.

Ahora está conmigo,  
y sin embargo llora, porque la amabilidad le con-  
mueve.

Por eso lo traigo a tu puerta.

Padre, padre mío, abre la puerta.  
Te traigo a un jugador, a un hombre,  
que cambió su cuchara de plata por un sol dora-  
do;

y como si fuera una de tus arañas,  
tejió su tela y esperó  
a la mosca, que también va a la caza de pequeños  
mosquitos.

Pero perdió, como todos los jugadores,  
y cuando lo hallé, vagaba por las calles de la ciu-  
dad.

Lo miré a los ojos,  
y supe que su plata no se había transformado en  
oro,  
el hilo de sus sueños se había roto.

Le ofrecí mi compañía  
y le dije: "Observa el rostro de tus hermanos,  
observa mi rostro.

Ven con nosotros, nos encaminamos a una tierra  
fértil  
más allá de la colina de la vida.

Ven con nosotros".

Y él vino.